



El pasado

(Traducción de Ricardo Rubio)

ESTAMOS en febrero, y los campos están cubiertos de nieve hasta perderse de vista. He paseado esta tarde por el parque, al caer el sol, andando sobre la nieve suave; sobre mí, a derecha e izquierda en todos los matorrales, en todas las ramas de los árboles brillaba la nieve, y esa original blancura que cubría todo tomaba un tinte rosado al recibir los últimos rayos del sol; eran centelleos sin fin, una luz de incomparable pureza; los espinos parecían estar en plena floración, y los manzanos florecían, y hasta los almendros que parecían de color de rosa, y hasta las hierbecillas. Una primavera, algo más pálida y sin verdor, resplandecía sobre todo. ¡Únicamente qué frío estaba todo! Una brisa helada brotaba de aquel inmenso campo de flores, y aquellas corolas blancas helaban las puntas de los dedos que las tocaban. Viendo aquellas flores tan frescas y tan muertas, pensaba en esos dulces recuerdos que duermen en nosotros, y entre los cuales nos extraviarnos algunas veces, tratando de hallar en ellos la primavera y la juventud. Nuestro pasado es una nieve que cae y cristaliza lentamente en nosotros, abriendo ante nuestros ojos perspectivas sin fin y deliciosos efectos de luz y de espejismo, seducciones que son tan sólo nuevas ilusiones.

JUAN MARÍA GUYAU.

La plegaria del convaleciente

(Traducción de E. Castillo)

Los huertos perfumados están plenos de flores,
y el agua de los lagos esplende a los fulgores

Del sol Corazón triste, retorna hacia el profundo
olvido en que la pena de tu vivir ocultas,
porque con tu tristeza sin esperanza insultas
la fuerza y energía generatriz del mundo.

Ebrios de savias jóvenes, los árboles copudos
retuercen y entrelazan en complicados nudos
sus ramas musculosas; la madre selva escala
los troncos de agrietada corteza y cada hoja
que trémulo rocío de la mañana moja
palpita en el ambiente con vibraciones de ala.

Solo entre el alborozo triunfante de las cosas
vas, corazón, regando las gotas de tu lloro
interminable

Es la hora felice de las rosas:
vibra el musical vuelo de las abejas de oro;
Eros divaga por las florestas rumorosas;
el azahar que rüeda con profusión de cada
naranja, forma un fino
tapiz floral y blando de nieve perfumada;
y el aire es tan fragante que embriaga como el vino
Todo germina y ama, todo es hermoso y fuerte;
sólo yo arrastro un cuerpo que débil y mezquino
se encorva bajo el puño de hierro de la muerte.

Señor, haz que la Tierra
me dé la savia, rica de glóbulos, que encierra
su seno poderoso de reina ardiente y bruna;
haz florecer mis labios, haz rutilar mis ojos,
y haz que en mi sér la Fuerza culmine como una
rosa maravillosa de mil pétalos rojos.

ALBERTO SAMAIN.



Nirvana crepuscular

Con su veste en color de serpentina,
reía la voluble Primavera...
Un millón de luciérnagas de fina
esmeralda rayaban la pradera.

Bajo un aire fugaz de muselina,
todo se idealizaba, cual si fuera
el vago panorama, la divina
materialización de una quimera...

En consubstanciación con aquel bello
Nirvana gris de la Naturaleza,
te inanimaste... Una ideal pereza

mimó tu rostro de incitante vello,
y al son de mis suspiros tu cabeza
durmióse como un pájaro en mi cuello.

Nocturno

Todo era amor en el lozano ambiente;
todo era fiesta en el galante prado;
y en un banco decrepito a tu lado,
yo sólo el mudo y tú la indiferente...

¿A qué insistir?—me dije obsesionado,
muerta de noche y sin color la frente.
¿A qué insistir? ¡Si esta mujer no siente
si no sabe llorar, ni nunca ha amado!

Sonó la orquesta en la *terrasse* contigua,
y todo se llenaba de una ambigua
pesadilla de Schumann... Entre tanto,

tu clara risa con que al cielo subes,
apareció, bajo do un tu! de llanto,
como un rayo de luna entre dos nubes.

JULIO HERRERA REISSIG.



Un festín de vencedores

(1870—71)



-EN el fondo de la sala, a la izquierda, cama número 27. Ha solicitado a Ud. toda la noche; pero creo que la pobre vieja ha perdido ya la cabeza, y sería un milagro, reverendo padre, que sacara Ud. algo en limpio.

Tras de estas animosas palabras de la hermana de la caridad, el franciscano de la Tierra Santa se dirigió silenciosamente hacia la cama indicada, sin que aparentara mirar los ejemplares de dolor o de decadencia física en los otros lechos de insomnio.

Llegando al número 27, se detuvo ante una forma inerte, una ruina de anciana, un alto relieve de las Alhambras de la Miseria y de la Desesperación.

Rígida y con los ojos cerrados, como un simulacro de espanto sobre la tumba de un ajusticiado, se habría tenido pena en suponer viva aún a aquella criatura, evidentemente presa de los demonios, sin el movimiento regular de las manos ocupadas en alisar suavemente las sábanas

¡Son terrible espectáculo las manos de los moribundos! Es en ellas dónde, según parece, se refugia toda nuestra alma en los últimos instantes, para que sea expresivamente verificada la implacable ley de *entregar* la vida. La mayoría se crispan con fuerza, como las manos de los náufragos y las de los que caen en los abismos. Algunas se retuercen convulsivamente o se cierran enteramente. Otras hacen el gesto de separar, de rechazar alguna cosa; y se han visto, por fin, algunas que intentan juntarse sobre el ombligo, órgano respiratorio del *cuerpo astral*, según los viejos magos.

El último recurso para ser oído de un agonizante es el contacto o la imposición de las manos sobre las manos. El franciscano lo sabía, y los ojos de la moribunda se abrieron en cuanto hubo cumplido el acto.

¡Qué ojos! Dos vidrios helados tras de los cuales estallara de pronto un incendio. . . . Pues no fueron vagas y descoloridas sino un segundo aquellas lazulitas pálidas de la muerte, que se tornaron inmediatamente, a la vista del padre, en los flameantes carbunclos del infierno.

—Hija, me has llamado, y aquí estoy dispuesto a oírte, si es que estás en situación de hablar.

Hubo un silencio más que penoso, pues la enferma seguía mirando al extranjero con ojos enloquecidos que la hacían parecer a una de esas máscaras de pesadilla inventadas por el infame genio del Extremo Oriente.

—Yo te conjuro, hija, dijo aún el religioso. Que mi presencia no te aflija. Soy bien poca cosa; pero tú no ignoras que tengo el poder de ofrecerte verdaderos consuelos, y el traje que llevo bastante bien dice que pertenezco a la familia de los amigos del Pobre. Pónte, te lo pido, bajo el dulce nombre de Jesús agonizante, y háblame con confianza.

El horrible rostro se distendió entonces, los ojos salvajes se dulcificaron un tanto, y la vieja, recogiendo sus manos con esfuerzo, las extendió sobre su pecho. Eran manos de sexagenaria, miserables, agotadas, deformadas por los apretones del mal; pero no de una rústica, sino manos que pudieron haber sido bellas. En el anular de la izquierda veíase un pequeñito anillo de oro.

—Varias veces he pensado que habría sido bueno cortarlas, dijo mirándoselas. Lo que han hecho no lo he dicho nunca más que a una sola persona, y *no sé si Ud. podrá escucharlo*. Pero pronto voy a morir, ¡gracias a Dios! y no quiero que Aquel que va a juzgarme me reproche haber cerrado los labios hasta el fin. Le he rogado a Ud. que venga, padre, porque Ud. es uno de los que custodian, allá, el Santo Sepulcro, y he pensado que Ud. me escuchará quizá con menos horror que otros que no son capaces siquiera de guardar un corral de cerdos y que no quieren nunca saber aquello que les sobrepasa. Voy a hablar, pues, no a Ud., sino ante Ud., figurándome que hablo ante el Sepulcro de Jesucristo. Sin duda, yo soy de aquellas que más necesitan que El haya muerto. ¡No me interrumpa Ud. por favor! Me quedan pocas fuerzas. Si no encuentra Ud. en mis palabras ni humildad, ni arrepentimiento, no importa. Dígase Ud., sin embargo, que la relación que voy a hacer es, a pesar de todo, la confesión más desgarradora, el esfuerzo más doloroso que una criatura pueda intentar para ganar su perdón.

El padre no había contado con ese discurso que el horrible aspecto de la agonizante no habría hecho prever. Creía encontrarse con una miserable cualquiera, y de pronto se encontraba en presen-

cia de una alma de excepción, a la entrada de una caverna anímica llena de espantosas voces, a la vez luminosa y sombría como los abismos intermedarios.

Siendo un hombre simple, comprendió que las fórmulas de uso frecuente no podían ser en esta ocasión de ninguna utilidad; y tomando una silla, se sentó tranquilamente cerca del lecho para oír mejor.

* * *

—El que me dió este anillo -principió la vieja— levantando la mano izquierda, murió hace veinte años, durante la guerra, en San Segismundo, en Loiret, la mañana misma de la batalla de Loigny, fusilado por los bávaros de Tann. Tenía consigo a dos de nuestros hijos, el más joven de 19 años, y ambos fueron ejecutados con su padre. Se me ha referido que esos demonios asesinaron primero a los pobres muchachos, lo más cruelmente que pudieron, tirando sobre las partes inferiores, para que el que los había engendrado los viera sufrir largo tiempo a sus pies, antes de obtener la muerte para sí mismo.

...Pero eso no es nada continuó, con un ronquido que semejava un sollozo. Esos alemanes se vengaban a su manera. Mi marido era un hombre de gran valor que les había hecho mucho mal, pues había sacrificado la mitad de nuestra fortuna para organizar una pequeña compañía de tiradores que se llamaban los cazadores de Neuville y cuya audacia fué extraordinaria . . . Nunca pude averiguar lo que había pasado con los cuerpos de los difuntos. Ud. no ignora que existía en Loigny, bajo la iglesia, una cripta donde se ven las osamentas blanqueadas y alineadas simétricamente de *mil treinta y cinco* soldados franceses. Muchas veces he hecho esa peregrinación intentando persuadirme a mí misma de que habían transportado ahí a mis queridos muertos, y he rogado por ellos tan bien como una criminal puede rogar. . . .

...Escuchadme ahora. Estaba sola una noche con nuestro último hijo, una linda chiquita de diez años, en nuestra casa, sobre el camino de Chateau dun. Nada sabía entonces sino que todo iba mal. El enemigo llegaba por todos lados. Los vencidos habían emprendido la fuga. . . . ¡Dios hubiera querido que yo hiciera otro tanto!

Miré entrar a mi casa, por la puerta derribada, una veintena al menos de bestias feroces que in-

mediatamente se entregaron al pillaje, aullando porque les diera de comer y de beber. Les abandoné todo, estimándome dichosa por no ser maltratada en mi persona. Entonces fué cuando uno de ellos me hizo saber, riendo, la muerte de mi marido y de mis dos hijos. Loca de desesperación me arrojé sobre aquel hombre y le mordí el rostro tan cruelmente que mis ojos se llenaron con su sangre, y tuve así la apariencia de llorar su sangre. Su abominable sangre!

En aquel minuto se cumplió mi destino. Fuí apaleada, pateada, *violada* por todos aquellos bandidos y arrojada, al fin, moribunda casi, sobre un montón de estiércol delante de la puerta, de donde salí de un largo desvanecimiento al oír los gritos sobrehumanos de mi hija *encerrada* en mi casa que devoraba el incendio . . .

—¿Me escucha Ud. atentamente, padre?—preguntó la desdichada que se había puesto más sombría y más espantosa que antes. ¡Ah! Es necesario que Ud. me oiga bien, ya no para absolverme, sino para ser mi testigo, pues aquellos gritos de mi pobre hijita, que oiré durante toda la Eternidad, son mi tesoro, mi único bien, el viático de mi alma horrible cuando se presente ante Dios que le pide a su criatura tanto sufrimiento. . . ¡Ah! Pero me he vengado bien, diabólicamente bien, espantosamente bien vengada . . .--agregó con voz tan profunda que el franciscano tembló.—Esperaba así, paganamente, librarme de aquellos horribles gritos. Pero no he pasado un solo minuto, sépalo Ud., durante veinte años, sin oírlos, y los oiré toda la vida . . . pues *la inocencia es implacable*. Esos gritos me llenan, me rodean, y cuando mi Juez me vea, los colocaré sobre mi viejo seno como una coraza de blancura y se los ofreceré con la mano derecha, y con la izquierda los sembraré a los pies de su trono y en todas las calles de su cielo, que se volverá entonces un segundo Valle de Lágrimas, ¡y le recordarán los gritos de su propio Hijo crucificado que no quiere escuchar!

* * *

La Georgona maternal se había erguido a medias para pronunciar esas palabras de demencia, que resonaron en el alma del padre como una traducción *en lengua extranjera* de la sempiterna Desesperación.

Aquella vieja devastada le parecía una imagen de la pasión humana sin medida, de la pasión infinita que haría estallar el mundo si muchas almas fueran de ella capaces.

¿Qué decir de aquella lamentatriz de *Aquí Abajo* que subsistía milagrosamente, hacía veinte años, de la Eucaristía de su duelo, y que comulgaba trescientas veces al día con los gritos de su hija quemada viva?

¡Y ni una sola esperanza de contenerla! Se le sentía contemplando su propia faz, destruida como un campo de aluvión surcado por los ciclones, calcinada por esos infernales llantos capaces de corroer los metales, donde se redondeaban, para espanto del contemplador, dos ojos de Moloch, dos escotillas humosas de navío incendiado. Y cuando a veces, una nube pálida, una opaca bruma flotaba, el espacio de un segundo, se creía experimentar la imposible sensación de alguna cosa más implacable aún... Sólo la gran Estranguladora le habría impedido llegar hasta el fin de esa extraña confesión que le proporcionaba tal vez, en su última hora, la buena quimera de volverse a bañar en su Venganza.

* * *

—Yo era una mujer sólida—se lo aseguro a Ud. —continuó—y en el país me llamaban *la granadera*. Después de tres días de agonía entre las cenizas de mi casa, me puse en marcha para cumplir mi voluntad. Lo que había resuelto lo quería como Dios ha querido el mundo.

Seguí al ejército alemán, durante una semana, en la dirección de Mans y atravesé sus líneas. Puede pasar, no sin recibir muchas injurias, pues me parecía a una limosnera y debía tener el aspecto de una loca. Pero había descendido tan bajo que nada ya podía alcanzarme, y además me sentía protegida por el Demonio.

En fin, llegué a casa de una parienta de mi marido, que poseía una especie de castillo en los alrededores de la Ferté Beruard, en el departamento de la Sartha, donde estaba segura de encontrar buena acogida, y por donde sabía, sobre todo, que pasarían muchos prusianos, puesto que los cuatro cuerpos de ejército mandados por el Príncipe Federico Carlos se extendían de aquel lado de la Francia como un torrente de ciento veinte mil hombres.

En ese momento no sabía aún exactamente lo que me aconsejaría el Espíritu nuevo que soplabá en mí; pero, no importando cómo, se trataba de hacer sufrir.

Vengo al hecho, pues me siento caer en lo negro, y quiero... quiero acabar. Obtuve que se me utilizara como guarda-enfermera y como *cocinera* en esa casa en que se alojaban los oficiales superiores.

Había ahí —¡oh! a ese lo veré hasta en la podredumbre de mi sepulcro!—había ahí un general, mayor de una brigada de caballería de Hesse, un viejote extremadamente duro que pasaba por muy hábil y que nunca concedió gracia. —¡Más! —me decía. —¡Más! *¡Mehr! ¡Mehr!*—Espere Ud., va a ver. El general tenía un hijo, un bonito capitancito que no llegaba a treinta años, y que, estando herido, había sido *confiado a mis cuidados*, a mis eficaces cuidados; su padre, que hacía bombardear las ambulancias, no venía a verlo; sus camaradas tampoco; y por eso era mío mío nada más, en un cuarto bastante retirado. No duró mucho... No tuve necesidad de ayuda. Estas manos que está Ud. viendo, bastaron; y ni siquiera me quité este anillo.... En seguida llevé el cuerpo a un lugar del sótano, donde nadie jamás ponía los pies.

¡Mehr! ¡Mehr! ¡Gute frauzósische Küche! Sí, padre, durante tres días ha comido el general... ¡Ah! Los excelentes sesos de res *a la poulette* con sal, pimienta, nuez moscada, hongos y cebollitas que le preparé al principio y que él hacía fundirse en su boca, bebiendo Chateau-Margaux! Repitió el viejo glotón, pero yo le dije que era la única res que sus hombres no habían requisicionado, y que se había matado expresamente para él. Después, —¿no es cierto?—era justo que tomara las costillas en *papillote* y los fricandós a la chicorea. Al día siguiente invitó a algunos de los oficiales, y les serví escalopas, riñones saltados, galantina y asado. *Mehr... Mehr...* Aquellos señores se regalaron, pues hubo para todo el mundo, y las ratas comieron el resto en el fondo del sótano. Naturalmente tenía reservado el *corazón*, porque hay que marinarlo antes de ponerlo a la parrilla, y el padre del bello capitancito devoró el corazón de su hijo, el tercer día.

Aunque Ud. me hable de Dios Todopoderoso, yo lo desafiaría a darme en su paraíso una alegría más grande. Creí que iba a morir de dicha. Pero eso no bastaba, ¿comprende Ud? Había que hablar.

—¿No es cierto—le dije—que son sabrosos los hijos *guisados*, mi general?

Como me viera sin comprender, asombrado simplemente de esa pregunta familiar, agregué:

—¡Es el corazón de tu hijo que ahogué con mis dos manos, es su corazón lo que acabas de comerte, viejo canalla! ¡Fué su carne, su innoble carne lo que te serví ayer y antier!

Creí que me mataría. Pero se puso a reír dulcemente... Muy dulcemente... *Gute frauzösische Küche. Pone gouissine frantzese...* Sus ojos se extinguieron... Y en la noche misma se le expedía en un ataúd al fondo de Alemania....

—¿Eso es todo?—preguntó el franciscano, cuyos dientes se entrechocaban.

—Reverendo—dijo la religiosa que se había aproximado—¿no ve Ud. que esta pobre ha muerto hace *un cuarto de hora*?

LEÓN BLOY.



Disyuntiva sentimental

La que olvidé por demasiado buena
y porque en el espíritu tenía
yo no sé qué dulzura nazarena
y en la voz yo no sé qué melodía,

siempre que paso por la calle plena
de soledad y de melancolía,
alza los dulces ojos de la arena
y me grita con ellos:—¡Todavía!

Y aquella primorosa castellana
para la que mi espíritu resume
perfume y canto, como la mañana
resume canto y singular perfume,

siempre que la requiebro y la suplico,
burla mi gesto y mi palabra trunca,
mientras con el marfil del abanico
se da en los dientes y me dice:—¡Nunca!

Comulgo esta gemela eucaristía:
dolor por esa mi quimera trunca,
placer porque me quieren a porfía...
¡Son unos labios que me dicen:—¡Nunca!
y unos ojos que gritan:—¡Todavía!

M. MORENO ALBA.

A Kempis

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo
y es por el libro que tú escribiste.

Antes llevado de mis antojos
besè los labios que al beso invitan,
las rubias trenzas, los grandes ojos,
sin acordarme que se marchitan

Mas como afirman doctores graves
que tú, maestro, citas y nombras,
que el hombre pasa como las aves,
como las naves, como las sombras.

Huyo de todo terreno lazo
ningún cariño mi mente alegra,
y con tu libro bajo del brazo
voy recorriendo la noche negra.

¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, qué mal me hiciste!
Ha muchos años que estoy enfermo
y es por el libro que tú escribiste.

AMADO NERVO.

Holocausto

Eres como el icono bizantino
del Ensueño, que al ara se convierte;
eres en los misales de la Muerte
la mayúscula roja del Destino.

Eres suntuoso vaso tan divino,
el de la letanía, el que pervierte,
el de marfil, el blanco, pero el fuerte,
donde se escancia del Amor el vino.

En tí la arcilla original se aclara
y el Espíritu Santo está poseso.
Eres el madrigal, eres el ara . . .

Y en tu sagrario está, de carne y hueso,
el cáliz ideal que cincelara
un taciturno lapidario, el Beso!

RAFAEL HELIODORO VALLE.

OCEANO NOX

(Traducción de
Domingo Estrada)

¡Ah, cuánto marinero que, animoso,
dejara un día sus tranquilos lares
para surcar los procelosos mares,
en el negro horizonte se perdió!
¡Cuántos marcharon de esperanza llenos
y de ilusión, en pos de la fortuna:
y en una noche lívida, sin luna,
el oceano fatal los devoró!

¡Cuántos naufragos, ay!.. Vino sobre ellos
el huracán en hora inadvertida,
y las páginas todas de su vida
de un soplo sobre la onda dispersó.
Vencedor el abismo en el combate
cada ola tuvo su botín sombrío:
una ola enorme sepultó al navío,
al marino infelz la otra cubrió

Ninguno sabe donde están... Mecidas
por las olas irán sus formas yertas,
y golpearán allí sus frentes muertas
los escollos innúmeros del mar.
¡Cuántos padres ancianos, cuántas madres
que vivían un sueño acariciando,
en la playa murieron, esperando
a los que nunca vieron regresar!

A veces en las íntimas veladas,
por otros brazos su cintura asidas,
los recuerdan aún sus prometidas,
mientras silbando el huracán está.
Aun al narrar historias de aventuras
y tragedias del mar, alguien los nombra,
despertando recuerdos que la sombra
del olvido comienza a cubrir ya.

PASTORIE

... Ya en su casa Andrés, donde a toda prisa
se llevó a sus remeros para que se calentaran y se
reanimaran, oyó, al llegar, una música extraña;
una música parecida a la de los pastores al ponerse
el sol, allá, enfrente, en los bosques y valles de
Beicos de Asia; sobre notas graves, un aire monó-
tono, rápido, mucho más vivo que una tarantela o
una fuga, y, con todo, lúgubre hasta dar ganas de
llorar. Era uno de sus cuadros turcos, que con to-
da su fuerza soplaba en una larga flauta, revelán-
dose de repente notable artista silvestre.

—¡Y dónde has aprendido a tocar?

—En mi país, en la montaña, cerca de Eski-
Cheir; así tocaba, al obscurecer, cuando recogía las
cabras mi padre.

Se preguntan: ¿dó están?... ¿A dónde han ido?
¿Al patio suelo volverán un día?
De ellos, a veces, se habla todavía,
mas su recuerdo al fin se borrará.
El cuerpo se perdió; y en la memoria
también el nombre quedará perdido:
otra ola el tiempo, la del negro olvido,
sobre el mar infinito arrojará.

Sólo las viudas de semblantes pálidos,
—en esas noches en que el techo cruje,
y la tormenta desatada ruje,—
haciendo rueda en torno del fogón,
mientras furioso el oceano brama,
hablarán de los muertos, suspirando....
Del hogar las cenizas agitando.
y al par las de su triste corazón.

Después, cuando ellas mueran, esos nombres
no los sabrá ninguno; ni siquiera
el sauce, cuya verde cabellera
del hombre abriga la postrer mansión;
ni una piedra en el pobre cementerio;
ni el mendigo que canta con doliente
voz temblorosa junto al viejo puente
su sencilla, monótona canción.

¿Los marinos dó están que naufragaron
en las lúgubres noches tormentosas?
Sus trágicas historias dolorosas,
que el abismo profundo ha de guardar,
cuando sube, rugiente, la marea,
se las cuentan las olas agitadas....
Y esas las voces son desesperadas
que en la alta noche nos envía el mar.

VÍCTOR HUGO.

Vaya, no faltaba más que semejante música para completar la angustia, sin causa y sin nombre, de semejante final del día....

Y por espacio de mucho tiempo, aquel aire de flauta, que Andrés se hacía tocar en el momento del crepúsculo, conservó el poder de evocar para él todo lo indecible de estas cosas reunidas: el postrer regreso de Aguas Dulces; las tres fantasmitas negras, sobre un mar agitado, volviendo a su casa, al extinguirse la luz del día, para sepultarse en su triste harén; al pie del monte y del bosque; la primera ventisca de otoño; los prados de Asia sembrados de florecillas moradas y hojas amarillas; el final de la estación en el Bósforo, la agonía del verano....

PIERRE LOTI.

Párrafos

I

... La seductora baronesa von Schwitzer, fragante beldad que brilló en las fiestas de Rumanía, acaba de matarse, dejando una fortuna de cincuenta millones de francos.

—¡Locura!—dirá alguna de mis lectoras.

—Nó Capricho...razonable.

La pobre baronesa, que sobre todas las cosas amaba su propia hermosura, comenzaba a envejecer....

En vano acudió a los más sutiles afeites, a las más discretas simulaciones, a todos los recursos que la astucia femenina opone a la terrible vejez.

Se tiñó las canas de su opulenta cabellera.

—Son rayos de luna...—decíale un poeta.

—No—contestaba ella. Son canas.

Pintóse los labios marchitos y las cejas grises. Dió tersura a su piel con cierta preparación exótica, obsequio de un príncipe indostánico, que la amó una tarde. Pero inútilmente....

Los párpados, antes pétalos de jazmines, plegábanse en múltiples arrugas, y oscuras ojeras enlutaron sus ojos melancólicos.

Los magníficos espejos de su palacio sólo reflejaban una lánguida figura otoñal una sombra de su antigua belleza, un vago recuerdo de su gracia juvenil....

Luchó heroicamente durante un año contra los estragos del tiempo implacable. Lloró su juventud muerta, recorriendo con incierto paso, en el silencio de las noches blancas, las avenidas del jardín, cubiertas de hojas secas y de margaritas deshojadas.

.... Bajo sus manos ágiles brotaron quejumbres dulcísimas de los marfiles armoniosos....

Y en una hora negra, un tiro de revólver puso término a sus amargas meditaciones.

II

... Victoria de Inglaterra enamoróse del príncipe Alberto, hermoso caballero cuya timidez alejábale de toda extraordinaria aspiración.

Cierta noche, en un brillante baile en el palacio de Windsor, la joven reina ofrecióle un ramo de lilas,

Así se inició el idilio singular

Las lilas perfumaron perennemente el corazón del príncipe.

III

. . . Varios famosos anatómicos aseguran *que el pelo y la barba crecen después de la muerte.*

I. Según el informe del Dr. Guillard, a Napoleón *le creció la barba después de muerto.* Nove-ras lo rasuró cuidadosamente el día de mayo de 1821 en que le metieron en el féretro. Al exhumarlo en 1840, el médico citado comprobó el hecho a que alude en su informe.

II. Como una ofrenda espiritual colocáronse los poemas inéditos de Dante Gabriel Rossetti bajo la linda cabeza de su esposa, algunas horas antes de ser enterrada.

Muchos años después el ataúd fué abierto y los espectadores notaron con asombro que la blonda cabellera había crecido, envolviendo extrañamente, en una oleada de oro, los versos del célebre poeta británico.

. . . Hubo que cortarla para extraer los manuscritos. . . .

IV

. . . . Recientes estudios han demostrado que las mujeres piensan con mayor rapidez que los hombres.

—Es natural que así sea— dice Tarrida del Mármol—pues sabido es que los nervios de la mujer, esto es, los conductores eléctricos de su aparato, suelen ser más gruesos que los del aparato masculino; y según las leyes de Ohms, la resistencia al paso de la corriente está en razón inversa del diámetro del conductor.

De aquí la sorprendente agilidad que poseen algunas damas para la réplica oportuna, y la manera de barajar a su antojo los más difíciles temas de conversación.

Con frecuencia nos quedamos admirados de la precisión de una respuesta femenina o de la brevedad de su razonamiento. Sobre todo ciertas jóvenes tienen una facilidad admirable para emitir sus ideas, a veces en una forma concisa y elegante.

Mi bella amiga N. . . , maestra en el decir, piensa tan rápidamente que asombraría a quien ex-

perimentara en ella con el cronómetro eléctrico, marcador de una milésima de segundo, que mide la velocidad del pensamiento.

Oid la charla de dos amigas al despedirse. Las frases vuelan de las bocas y se multiplican extraordinariamente. Saludos, voces de cariño, recomendaciones de una y otra parte: todo surge en menos de un minuto con el imprescindible acompañamiento de gestos, de ademanes y de besos.

Escuchad a dos enamorados que se creen seguros entre las sombras de la noche. Acercáos sigilosamente a los barrotes de la ventana...

Ella es la que habla. Externa juicios, anota observaciones fútiles, repite algunos chismes, se burla de alguien, ríe. . . En verdad que no siempre hay ilación en sus ideas....

Pero... ¡son tan dulces sus palabras!

V

... *Le Médecin*, revista belga, en su edición del 25 de agosto de 1907, da cuenta de un curioso incidente científico.

En las márgenes del lago de Nicaragua ha descubierto recientemente el naturalista Dunstan un pulpo vegetal, que bautizó con el nombre de *laudoctopus*.

Este árbol carnívoro había comenzado a chuparse al perro de Dunstan, estrujándolo con tal violencia con su vibrante ramaje, que fué muy difícil librárselo de la muerte.

Conocidas son las plantas insectívoras y las que se engullen a los ratones.

Según parece, el *laudoctopus* es más voraz que el octopus marino, gráficamente descrito en una frase huguiana.

Atrapado un hombre, en un leve descuido, por los vigorosos tentáculos de ese vegetal sanguinario, sin un auxilio inmediato sería chupado horriblemente. Tormento cruel que no deseara para el más vil de mis enemigos.

¿Tienen cerebro las plantas?... Ilustres botanistas y zoólogos aseguran que sí. Sabios como Darwin, Foveau de Courmelles, Augusto Strindberg, etc., afirman la cerebralidad de los vegetales; aunque la niegan otros, entre ellos el famoso naturalista brasilero vizconde de Saint Léger, ferviente defensor de la *sensibilidad* de las mismas.

Según Saint-Léger—el vegetal sufre, pero no piensa. Careciendo de nervios y de cerebro, su pasividad es inconsciente.

¿Cuál será la verdad?

Haeckel afirma *que ciertas plantas pueden proceder de animales.*

La retrogradación de las conchas, que da por resultado las almejas, dió a Haeckel motivo lógico para pensar que un insecto puede convertirse en órgano de succión en la raíz de las plantas.

Leo, además, en un notable libro de ciencia, editado en París hace pocos meses, que la *ascidia* fué un vertebrado del que brotó una especie de raíz, cubriéndose de piel celulósica.

Por mi parte, creo con Buffón, *que un vegetal no es más que un animal que duerme.*

VI

Fué—según Plinio—en un país mágico, en una tarde antigua.

Sentáronse, bajo un dosel de púrpura, los reales amantes, Cleopatra y Marco Antonio.

Exoraba la deliciosa cabeza de la egipcia una corona de múltiples flores, cuyas hojas envenenadas previamente, resplandecían entre los cabellos.

La terrible dominadora de corazones empezó a hablar, y el romano la miraba en silencio, embriagado de amor. Nada existía entonces para él sino el movimiento fugaz de aquellos labios rosados y frescos, que tantas veces impusieran su voluntad sobre el espíritu de varones ilustres.

Con un ademán instintivo él tomó de una mesa de mármol rosa la copa plena de falerno, incrustada de rubíes y de perlas. Pero ella desgranaba sus risas y sus palabras tan armoniosamente que el guerrero se olvidó de beber.

Entre tanto la legendaria sirena, con sutil movimiento, deshojaba entre sus dedos divinos, sobre la copa de su amante, menudos pétalos de las fúnebres flores.

Y así que ella enmudeció y que pudo él librarse del voluptuoso encanto de su voz, quiso apagar su sed. Pero Cleopatra retuvo entre las suyas la mano derecha del héroe, e hizo apurar el tósigo a un esclavo nubio, que rodó por tierra fulminado.

Y la sobrenatural criatura dijo a Marco Antonio, con una tenue sonrisa enigmática, echándole dulcemente los brazos al cuello:

—Mira cuán fácil me sería matarte. Pero yo te amo y sin tí no puedo ser feliz.

VII

—¿De qué sirvió a Cicerón su insuperable elocuencia al apostrofar a Publio Claudio?

- Absolutamente de nada.

Aunque el asunto de que trató revestía excepcional importancia.

Publio, mancebo gallardo y valiente, se enamoró de Pompeya, esposa de Julio César, el vencedor de Farsalia.

Vestido de mujer, el referido Claudio penetró una noche en el palacio pretoriano, entre una turba de cantoras.

Pompeya, que era una damisela impúdica, le esperaba . . .

Al clarear el alba fué reconocido y echado a la calle a puntapiés, aunque él se defendió como pudo de los furores de la servidumbre.

Se le acusó y fué absuelto . . . , a pesar del ataque verbal de Cicerón.

César, en tanto, sonreía . . .

VIII

El duque Luis de Orleans—que murió trágicamente en una calle de París—era un temible don Juan, terror de sus enemigos y aún más de sus amigos. Como el audaz amante de doña Inés veía-se en el silencio de la media noche asaltando jardines, escalando balcones, la espada al cinto, fuerte el brazo, fría la cabeza, sereno el corazón.

Hizo en la Corte inapreciables conquistas. Y la mejor y más brillante fué la de una lindísima joven, casada con un bravo caballero en extremo celoso, que tenía a su mujer por un dechado de virtudes.

La dama era espléndida, de una blancura y morbidez incomparables.

Y una mañana, mientras ella se encontraba en el dormitorio de su nuevo dueño, llamó a la puerta el marido.

El de Orleans, sin inmutarse, desnudó a la bella sobre la cama, ocultándole únicamente la cabeza con una capota de terciopelo.

— Entrad, querido dijo el seductor y admirad conmigo el milagro inaudito de este cuerpo de diosa. Solamente os prohido descubrir su rostro.

El otro quedóse deslumbrado. Y su admiración estalló en frases de ardiente asombro.

La maravillosa beldad permaneció inmóvil durante cinco minutos bajo la devoradora mirada de su marido, cuya voz ponía un ligero temblor en su seno. Si la reconoce, allí la mata.

El bueno del hombre le dijo a la joven, a la noche siguiente, mientras reposaba a su lado:

—Vi ayer, libre de todo ropaje, a la mujer más hermosa del mundo. Me la enseñó mi amigo el duque, prohibiéndome únicamente que mirara su rostro, cubierto por un manto negro.

¿Os imagináis la emoción de la linda adúltera al oír tales palabras?

FROYLÁN TURCIOS.



Adiós

¡Adiós! Comprendo que en esta vida
volver a verte no lograré.
Dios que te lleva, de mí se olvida.
Ahora conozco, cuando te pierdo, que yo te amé.

¡Ni exhalo quejas, ni he de llorarte!
Guardo respetos al porvenir.
Venga la nave que ha de llevarte,
y, sonriente, yo me prometo verla partir.

Por esperanzas te vas mecida,
¡con cuánto orgullo regresarás!
Y a los que sufren con la tristeza de tu partida,
nunca, al regreso, conocerás.

Acaso logres saber un día
el alto precio de un alma fiel,
que al comprenderla nos da alegría
y que al perderla nos ocasiona pena cruel.

AI FREDO DE MUSSET.

La niña de la patata

Ahora rememoro aquella gélida mañana otoñal, cuando, puestos los guantes y enfundado en mi gabán neoyorkino, subí uno de los puentes del *Graff Waldersée*, a ver el espectáculo del cielo y del mar, siempre emocionante y sugestivo. El trasatlántico había salido ya del hirviente Canal de la Mancha, metiéndose, a grandes golpes de hélice, en pleno océano, que le acariaba los costados con sus ventrudas olas plumizas, diademadas de espuma, sobre las que se arremolinaban las gaviotas que chillan angustiosamente en los adioses de Byron. Sobre la febril inquietud marina, de la que emanaba un potente soplo de abismo, el cielo septentrional, de un gris ahumado, parecía estremecerse con el viento venido de la lejana y misteriosa región ártica, donde el frío, en esa hora, cincelaba los bloques de hielo que las corrientes arrastran al tumulto de las olas atlánticas.

Mas, en mi corazón, a pesar del extraño y soberbio panorama, hacía presa la nostalgia de los ardientes y luminosos mares del trópico. Soñaba con los ojos puestos en las nubes cenicientas y en las aguas pardas, con las verdes bahías brasileras que acababa de recorrer; con el cielo, generoso de luz, que brilla sobre el Mar Canario; con las inmensas y azules soledades del atlántico ecuatorial, donde los crepúsculos son ardientes orgías de colores; con las tardes y mañanas del Mar Caribe, cuando, recostado a babor o estribor, enhebraba sueños y pensamientos, anegados mis ojos en aquellos resplandecientes azules, siguiendo el paso de las algas, las uvas del trópico, arrastradas por las tibias aguas de la corriente del Golfo, o la perspectiva de las nubes en el horizonte sin límite, donde, a veces, semeja una tropa de ángeles volando a los altos círculos celestes; otras, arquitecturas de magia y espejismo; otras, rebaños paciendo en campiñas de ensueño o de ilusión, para transformarse luego en monstruos de fábula o de pesadilla: dragones apocalípticos, grifos y quimeras gigantes, pithones alados, toda una fauna, en fin, caótica y estrambótica, que se diluía lentamente en la sombra crepuscular.

Iba, arañado por el frío, a refugiarme en el salón de fumar, cuando, por entre los huecos de las lonas que resguardaban el puente, apareció a mis ojos un espectáculo imprevisto. A proa, entre rue-

das y cilindros de hierro, bajo la red de los cables embreados, apretábase un verdadero rebaño: todos los pasajeros de tercera: aldeanos alemanes de barbas incultas; muchachas inglesas de rostros secos y angulosos; emigrantes de los dos sexos y' de todas las regiones europeas del Norte; gentes, en fin, amontonadas allí por la fuerza, charlando en varios idiomas, calentándose con la aproximación, envueltas con el humo de las pipas, sufriendo los rigores de aquella cruda mañana, alimentadas como los cerdos, andrajosas y macilentas.

En medio de aquel maremagnum cosmopolita, alegre en su angelical inocencia, toda encendida del frío, muy regordeta, con los ojos que parecían dos lagos azules, con los burdos zapatitos rotos y el traje raído, envuelta la rubia cabecita en una mala manteleta, una preciosa niña, no mayor de tres años, un lindo querubín entre aquella soez hampa, quería comerse una gruesa patata, caliente y medio cruda, que acababa de tomar de un cubo próximo. Es probable que cualquiera de los marineros de a bordo le hubiese hecho ascos a aquel manjar; pero la criatura tenía hambre, hambre aguzada por el frío, y se veía su afán de mordisquear el duro tubérculo. Así, con él en las manos, ni los querubines de Murillo son más graciosos que aquella amable y dulce pequeñuela entre aquella muchedumbre trashumante, a bordo de aquel trasatlántico que la llevaba hacia las costas de América, inconsciente de su destino, feliz con su grosera patata, bajo el bóreas hostil y sobre los vórtices del océano.

Una gran tristeza invadía mi corazón. ¿Cuál sería el mañana de esa deliciosa criatura? ¿Acaso, convertida en una linda mujer, alegrará con su tentadora juventud los grandes almacenes de New York o Chicago, inclinada sobre los libros de cuentas? ¿O tal vez, azeñada de su monótono trabajo, se resuelve a ser cliente de los café-cantantes de Broadway, y beba wiskey y fume, entre un círculo de calaveras, bajo la cruda luz de los focos eléctricos, al són de la música lasciva de la orquesta? ¿O aguardará pasada la media noche, en el quicio de las puertas, trémula de frío, a los que vuelven a sus lejanos hoteles, ofreciéndose a ellos con el impudor de las busconas? ¿O será carne de burdel en esas casas de citas, que trata de disimular el puritanismo anglo-americano?

Pero nó, angelito de cuatro años, flor de inocencia, inefable pequeñuela. Te has de librar del mun-

do, del demonio y de la carne, de la astuta alcahueta y del don Juan corrompido, del criado de hotel y del viejo libidinoso; y has de ser, en un feliz futuro, la esposa de un honrado obrero o de un fuerte agricultor, para que de tu vientre, sano y proficuo, salga una raza de gigantes rubios, que sepan domar máquinas y remover montañas, en esos asombrosos Estados Unidos, recipiente de todos los ríos humanos, almáciga de naciones, crisol de pueblos.

Tal desea este pálido viajero, este taciturno soñador, que, en esta fría mañana otoñal iluminó su noche interior con tu risueño amanecer, y gozó del perfume de tu infancia, y bebió el rocío de tus azules ojos, y derramó su angustiada piedad sobre tu cabecita blonda, y te amó, en un fugitivo momento de su vida, bajo el plumizo cielo septentrional, entre la áspera vocinglería de las olas del Atlántico.

JUAN RAMÓN MOLINA.



Del vaso de plata

Lábrame ya, platero,
la copa del verano;
y antes que todo en ella
pondrás el róseo Mayo:

Y luego has de imitarme
el néctar delicado,
con el mayor esmero
la plata cincelando.

Pero no junto al vino
me grabes los extraños
misterios, ni del mundo
ningún terrible caso.

Grábame a Baco, el hijo
de Jove soberano,
y a la Diosa de amores
Himeneos fraguando,

Bajo un parral frondoso
de racimos cargado,
pon Gracias y Amorcillos,
sin flechas y sin arco.

Y grábame una turba
de jóvenes gallardos;
y en medio de ellos Febo
diviértase jugando.

ANACREONTE.

Para el corpiño

Doy tregua a los tormentos de mi vida,
y olvidando el dolor de mi pasado,
voy a cortar la rosa más florida
que en mi oculto vergel haya quedado.

Envuelta como un lazo en la encendida
púrpura de mi verso emocionado,
la envío con el ánimo rendida
para el adorno ideal de tu tocado.

Pónla en la caja que guardó un aroma
y que escapado de la fina poma
aun vaga de tu alcoba en derredor.

Quizá con esa emanación secreta
algún día recuerdes al poeta
que en una tarde te ofreció esta flor.

AUGUSTO C. COELLO.

Amor del Recuerdo

En el tenue silencio del crepúsculo
mi espíritu sutil es como un árbol
que un negro soplo de la negra Muerte
sin piedad despojara de sus flores;
lejos de la canción de las alondras
y el correr de las aguas cristalinas:
como un laurel inmóvil en un páramo.

La recóndita voz de los recuerdos
suena en mi corazón como esas músicas
viejas y dulces, pero amargamente
tristes de una tristeza sobrehumana.

Dulce pena de amor viene a mí cuando
dora el tramonto los lejanos valles
y en el cerúleo espacio van abriendo
las estrellas sus ojos argentinos.

Vieja pena de amor que nunca muere
que hizo nacer un asfodelo pálido
y una extraña mandrágora en mi espíritu,
y que cambió en sudarios las azules
neblinas siderales de mis sueños,

¡Tristezas de las dichas del pasado,
tan profundas, tan dulces y tan íntimas!
Vagáis entre los orbes de mis versos
como un fúnebre céfiro que extingue
el vago resplandor de mis crepúsculos.
¡Quién pudiera borraros de mi alma,
que es como un cementerio de ilusiones!

FROYLÁN TURCIOS.



Las señoritas estrellas

Las señoritas estrellas estuvieron, en el baile, donde danzaron toda la noche, y ahora, mientras vuelven a su hogar a través de los jardines azules del éter, bailan todavía. Atado el resplandeciente cintillo y sueltas atrás las largas cabelleras, vestidas de vívida tela de diamante cogiendo por los caminos pálidas flores de pedrerías y sin resignarse a andar tranquilas como señoritas delicadas.

¡No! Bailan y bailan sin cesar. Las innumerables comparsas forman ya la figura de un Carnero o de un Escorpión, o de una Lira o de una Balanza, o de un Arco que dispara, o de un pez, o de un Pavo, o de una Ballena, o de un Fénix, o de una Grulla, o todas estas figuras a la vez, y el inmenso collar que se desparrama no se modifica, y todas esas frentes de diamantes alumbran y blanquean la inmensidad azul.

—¡Vamos!— dice la más grande, Aldebarán, a la pequeña Proción, —apuremos el paso, por favor. ¿No ves que se acerca la terrible, la espantosa Aurora, que avanza vestida de rojo y que ya nos va a quemar la extremidad de los cabellos?

—¡Ah!—dice Proción—se me ha caído uno de mis escarpines de cristal y te sigo como puedo, con un pie calzado y otro desnudo.

—¡Qué importa!—responde la señorita grande.—Apresúrate, v si es necesario, arroja también el otro en el camino, en alguna caverna de oro. Si no te cuidas de lo que te dije, vamos a tener que pisar luego las rosas de la mañana, salpicadas de sangre. ¿Y qué dirá el señor Camilo Flammarión si nos ve todavía en el cielo a esta hora en que es de reglamento que las honradas estrellas estén en cama?

TEODORO DE BANVILLE.



WALT WHITMAN

¡OH, CAPITAN! ¡MI CAPITAN!

EN LA MUERTE DE ABRAHAM LINCOLN

¡Oh capitán! ¡Mi capitán! Nuestro espantoso viaje ha terminado,
la nave ha salvado todos los escollos, y hemos salvado el anhelado
(premio,
próximo está el puerto; ya oigo las campanas y el pueblo entero que
(te aclama,
siguiendo con su mirada la poderosa nave, la audaz soberbia nave;
mas, ¡ay! ¡oh corazón!, ¡mi corazón!
No ves las rojas gotas que caen lentamente,
allí en el puente, donde mi capitán
yace extendido, helado, muerto.

¡Oh capitán! ¡Mi capitán! Levántate para escuchar las campanas
Levántate. Es por ti que izan las banderas. Es por ti que suenan los
(clarines.

Son para ti estos búcaros y estas coronas adornadas.
Es por ti que en las playas hormiguean las multitudes,
es hacia ti que se alzan sus clamores, que se vuelven sus almas y sus
(rostros ardientes.

¡Ven, capitán! ¡Querido Padre!
¡Deja pasar mi brazo bajo tu cabeza!
Debe ser sin duda un sueño que yazgas sobre el puente.
Extendido, helado, muerto.
Mi capitán no contesta, sus labios siguen pálidos e inmóviles;
mi padre no siente el calor de mi brazo, no tiene pulso ni voluntad;
¡La vencedora nave entra en el puerto, de vuelta de su espantoso
(viaje!
La nave, sana y salva, ha arrojado el ancla; su travesía ha concluido.
¡Oh playas, alegraos! ¡Sonad campanas!
Mientras yo, con doloridos pasos,
recorro el puente donde mi capitán
yace extendido, helado, muerto.

¡GRACIAS!

Antes de que me vaya, pues ya me pesan los años, quiero dar las gracias... Gracias por todo lo que me dieron; la salud, el sol resplandeciente, el aire impalpable, la vida...

Gracias, por los preciosos recuerdos de padres, hermanos, amigos; por todos los días de mi existencia, no sólo de paz, sino también de lucha; por las palabras suaves, las pruebas de afecto; por el pan, el agua y el abrigo...

Gracias también a vosotros, ¡oh, lejanos lectores míos!, desconocidos, perdidos en la sombra, innumerables... Nunca nos vimos y tal vez no nos veamos jamás... Sin embargo, hubo un momento en que nuestras almas se unieron estrecha, íntimamente...

Como un soldado que vuela después de terminada la contienda, como un viajero entre miles de ignorados viajeros, digo a la larga procesión pasada.

—¡Gracias!... ¡Gracias desde el fondo de mi corazón, lleno de alegría!

Derechos reservados

WALT WHITMAN
(1819-1892).



JOSE ASUNCION SILVA

NOCTURNO III

Una noche,
una noche toda llena de murmullos y de música de alas;
una noche
en que ardían a la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas
(fantásticas,
a mi lado, lentamente, contra mi ceñida toda, muda y pálida
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
por la senda florecida que atraviesa la llanura
caminabas;

y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca;
y tu sombra
—fina y lánguida—
y mi sombra
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban,
y era una,
y era una,
y era una sola sombra larga,
y era una sola sombra larga,
y era una sola sombra larga
Esta noche,
solo; el alma
llena de las infinitas amarguras y agonias de tu muerte,
separado de tí misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,
por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba . . .
Y se oían los lamentos de los perros a la luna,
a la luna pálida,
y el chirrido de las ranas . . .
Sentí frío.

Era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienas y tus manos adoradas,
entre las blancuras níveas
de las mortuorias sábanas.
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada.

Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada
iba sola,
iba sola,
iba sola por la senda solitaria;
y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes y de músicas
(de alas.

se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella . . . Oh, las sombras enlazadas!
Oh, las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de
(las almas
Oh, las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de
(lágrimas!

JOSE ASUNCION SILVA
Colombiano.